

deben ser arrojados á las tinieblas exteriores, donde serán alimentados de lágrimas, donde será el rechinar de dientes, tormento y desesperacion, son los judíos infieles, que habiendo tenido la dicha de nacer en el seno de la verdadera Religión, de estar prevenidos para el Evangelio por medio de la ley y de los Profetas, y de ser los primeros llamados y destinados á vivir bajo el imperio de Jesucristo, no lo han conocido, y lo han desechado. Nosotros vemos en qué densas y palpables tinieblas vive esta nacion incrédula: no pueden disipar su ceguera ni el cumplimiento de las profecias, ni la vista de todas las naciones reunidas por medio de Jesucristo al culto de un solo Dios. Digamos mas: no pueden ablandar su dureza, ni abrir sus ojos un prolongado y vergonzoso destierro, ni un castigo de cuáridos mil años... ¿Cuál será, pues, en el infierno el suplicio de estos infelices? ¿Cuál su desesperacion al verse desechados de aquel reino de luz que estaba destinado para ellos, y que será poseido de los paganos y de los idólatras sinceramente convertidos, y sustituidos en su lugar?

Lo 4.º *Palabras de Jesucristo llenas de amenazas para los malos cristianos...* Apliquemos á nosotros mismos estas amenazas de nuestro Salvador: sustituidos nosotros hijos del reino en lugar de los judíos, guardémonos de perder la fe, las luces, las obras, las recompensas; guardémonos de dejar pasar á otras manos por nuestra infidelidad la herencia. ¡Qué desesperacion será para los réprobos cuando sean confrontados con los bienaventurados del cielo! Católicos de nacimiento con salvajes nuevamente convertidos; grandes con sus criados y con sus súbditos; ricos y sábios con pobres é ignorantes; sacerdotes y religiosos con legos y seculares. ¡Ah! ¡quién no temblará á solo este pensamiento! Sea, pues, para nosotros este temor motivo de un fervor nuevo y de una vigilancia mas exacta.

PUNTO III.

Palabras de Jesucristo al Centurion.

Lo 1.º *Estas palabras están llenas de bondad...* Apenas hubo expuesto el Centurion el estado de su criado, sin darle tiempo de hablar mas, y sin esperar á que le rogase ó le pidiese, le responde el Señor: «Yo iré y lo sanaré...» ¡Qué bien que se manifiesta aquí la disposicion de Jesucristo para aliviar nuestros males! ¿Y por qué no tenemos nosotros los mismos deseos por la salud de nuestras almas? ¡Oh! ¡y cuán fácil le seria obrarla, si se la pidiéramos sinceramente! ¿Cómo es posible que nos falte cosa alguna? ¿cómo pó-

demo desfallecer en el estado peligroso en que se halla nuestra alma, teniendo un Salvador tan amable, tan condescendiente, tan misericordioso y tan solícito para aliviarnos?

Lo 2.º *Palabras de Jesucristo llenas de poder...* «Y dijo Jesús al «Centurion: Vé, y hágase conforme has creído; y en aquella hora «el criado sanó...» ¡Oh poder de Jesucristo! Vos sois no menos amable que admirable, Vos estais siempre en atencion para colmarnos de bienes y librnos de los males.

Lo 3.º *Palabras de Jesucristo llenas de condescendencia...* Si nosotros mostramos deseos de que venga, se ofrece á venir; si queremos que se esté quieto, consiente estarse: está siempre contento, si puede darnos pruebas de su amor; satisfecho, si puede curar nuestras llagas, y enamorado, si puede hallar en nosotros una gran fe, y la ocasion de recompensarla.

Lo 4.º *Palabras de Jesucristo llenas de instruccion...* Diciendo al Centurion: «Hágase conforme has creído,» nos enseña que el efecto de nuestra oracion depende de nuestra fe; y que por ella se regula el fruto que sacamos de las buenas obras, de la frecuencia de Sacramentos, y del ejercicio de la Religión. Si de todas estas cosas es poco ó ninguno el fruto que sacamos; si experimentamos solo tibieza, disgusto y tedio, apliquemos el remedio donde está el mal, animemos nuestra fe, obremos segun nuestra fe, y obtendremos á proporcion de su extension, de su eficacia y de su medida.

Peticion y coloquio.

Creo ¡oh Salvador mio! como el Centurion, que con una sola palabra me podeis sanar: decidme, pues, como á él: *Vé, y hágase conforme has creído.* En el momento en que pronuncieis esta palabra de salud, recobraré mis fuerzas, y saliendo de la inaccion á que por la parálisis está reducida mi alma, correré por el camino de vuestros mandamientos. Amen.

MEDITACION LXIII.

PARTE JESÚS PARA EMBARCARSE Y PASAR Á LA OTRA PARTE DEL

LAGO.

(Matth. viii. 18-22).

«Viendo Jesús las muchas turbas que lo cercaban, manda pasar «á la otra ribera del lago...» La vida presente es un viaje: el mundo es un mar famoso por sus naufragios. Considerarémolos en este la-

go, de que habla el Evangelio, una figura del camino estrecho de la vida retirada, santa, regular y penitente que deben seguir los verdaderos cristianos y las almas fieles. Ahora, pues, ¿y en qué manera se debe emprender el pasaje de este lago figurado y misterioso? Lo 1.º con confianza; 2.º con valor; 3.º sin dilacion. Este es el plan de la meditacion presente.

PUNTO I.

Con confianza.

Primeramente *debe animar nuestra confianza el dejar una grande multitud en la playa...* Esta multitud es el mundo, esto es, aquel mundo tantas veces desterrado, condenado y herido con terribles anatemas por Jesucristo; aquel mundo que camina por el camino ancho de los placeres y de las pasiones, y que corre á la perdicion. Esta vida que conduce la multitud de los mundanos, ó encanta, ó nos fastidia: si nos agrada, estamos en peligro evidente de perder nuestra salvacion, y no serán jamás excesivas todas nuestras precauciones para evitarlo; si al contrario esta vida tumultuosa nos fastidia y disgusta, ¡ah! renunciémosla de una vez, y tomemos el partido de la piedad, de la devocion, del retiro, de la penitencia y de la santidad: separémonos desde ahora de la multitud; separémonos á lo menos con el corazon, si queremos ser separados por Dios el día de su juicio.

Lo 2.º *Debe animar nuestra confianza la compañía escogida que seguiremos...* Jesús es nuestro capitan y nuestra cabeza, ¿qué cosa podemos temer? ¿No es él bastante poderoso para sostenernos y bastante bueno para quererlo? Unámonos á él sin temor, él mismo nos convida, sus discípulos lo acompañan y caminan con él. ¡Oh qué felicidad será la nuestra el ser de este número! ¡Cuántas almas santas lo siguen con fervor! De estas conocemos muchas; ¿y nos contentaremos solo con admirarlas? ¿Acaso no podemos nosotros lo que ellas pueden? Pues ¿por qué no las imitamos? ¡Ah! anime su ejemplo nuestra confianza, y excíte en nosotros una santa emulacion; porque de otra manera serán ellas un día para nosotros motivo de condenacion.

Lo 3.º *Lo corto del pasaje que hemos de hacer debe animar nuestra confianza...* Este es breve, y debe conducir á un estado que no tendrá fin. Hemos experimentado ya la velocidad con que pasa esta vida; y fuera de esto, por lo comun ella se acaba cuando se creia que aun debía durar mucho tiempo, y la mas larga es en sí misma

nada mas que un día ó un instante; en una palabra, ella tiene un fin, y se le sigue una eternidad interminable; de cualquier modo que pasemos nuestra vida ella se ha de acabar. El voluptuoso y el penitente encuentran igualmente el fin; el uno de sus placeres, y el otro de sus penas. Los dos entran igualmente en una eternidad sin fin, para el uno de suplicios, y para el otro de bienes. ¡Ah! pensemos seriamente en esta eternidad feliz ó infeliz, donde llegaremos bien presto, y hagamos aquella eleccion, porque podamos bendecir á Dios eternamente.

PUNTO II.

Con valor.

Lo 1.º *Se requiere valor para empezar...* Habiendo Jesucristo ordenado que se preparase lo necesario para pasar el lago, «y lle-
«gándose un escriba, le dijo: Maestro, yo te seguiré á cualquiera
«parte que vayas...» De estas palabras se comprende que en este escriba solo habia un buen movimiento, un santo deseo, una bella resolucion, pero no habia comenzado aun. Estaban aun en tierra, y Jesucristo no se habia embarcado aun. Ofrecámonos á Jesús con las palabras de este escriba, formemos buenos propósitos, tengamos santas resoluciones, esto va bien; pero reflexionemos que hasta este punto nada hay aun de hecho. Nada cuestan los proyectos para lo porvenir, se trata de empezar y poner mano á la obra. El empezar es lo que cuesta, y es justamente de aquellos que han comenzado bien de quienes se puede decir que ya han hecho la mitad; pero del que propone, del que promete, de quien proyecta y no comienza, se puede asegurar que nada ha hecho, y que segun todas las apariencias nada hará jamás. ¡Cuántos se han muerto en este estado sin haber comenzado jamás á servir á Dios! Temamos ser de este número, si hasta hoy no hemos dado principio.

Lo 2.º *Se requiere ánimo para continuar y sostener las pruebas...* Mucho se prometia de su celo el escriba ó doctor de la ley. Quiso Jesucristo probarlo, y bien presto se desengañó. ¿Sabes tú (parece que le dice el Señor), sabes tú quién soy yo? ¿Has hecho madura reflexion de lo que me prometes? Aprende cuál es mi tenor de vida. «Las zorras tienen sus cuevas, y los pájaros del aire nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza...» Yo, el primogénito de todos los hombres, no tengo un alojamiento ni un lugar propio mio donde poder descansar; en cualquiera parte donde me hallo ó me retiro, soy extranjero: esto es lo que soy so-

bre la tierra, y esto es lo que deben ser los que me siguen: mira ahora, y consulta tu valor... La vida cristiana (no es necesario disimularlo) tiene sus penas; pero ¿no las tiene también el mundo? ¿Y qué diferencia entre las unas y las otras? En las penas que experimenta la vida penitente, de cualquiera naturaleza que ellas sean, nos precede Jesucristo, y va delante de nosotros, y seguramente no nos pondrá jamás á pruebas tan duras, cuanto fueron aquellas por donde él mismo quiso pasar por nuestro amor. Cada una de nuestras penas en particular está presente á sus ojos, y él mismo nos dará despues cuenta fiel: bien podremos nosotros olvidarnos de ellas; pero el Señor jamás las olvidará, y ninguna se quedará sin recompensa y sin premio. Con la vida se acabarán nuestras penas, pero jamás se acabará la felicidad que se seguirá. ¡Ah! no será así por cierto con las penas del mundo, que son el fruto del pecado y de las pasiones.

Lo 3.º *Se requiere valor para perseverar hasta el fin...* Sin esta perseverancia todo es inútil: pidámosla, pues, á Dios todos los días, que no nos la negará: seamos vigilantes de nuestra parte; examinemos nuestros progresos; y si alguna vez encontramos cualquier relajamiento en nuestros ejercicios y en la virtud, no descansenos, no respiremos hasta que volvamos á aquel punto de donde hemos caído: oremos, lloremos, gimamos, y temamos las consecuencias funestas de la mas mínima tibieza en nuestro fervor; porque entonces justamente empieza á huir de nosotros la perseverancia, y si no ponemos pronto remedio la perderemos del todo.

PUNTO III.

Sin dilacion.

Tres cosas, esto es: la gracia, la voluntad y la vida huyen con tanta rapidez, que no nos permiten diferir un solo momento nuestra conversion.

Lo 1.º *La gracia...* «Y otro de sus discípulos le dijo: Señor, déjame ir primero á enterrar á mi padre; pero Jesús le dijo: sígueme, y deja que los muertos entierren á sus muertos...» Jesús en este instante se iba acercando al mar para embarcarse, y no se podía perder un momento, ó era necesario ir con él, ó dejar y renunciar el seguirlo. ¿Podría acaso esperar este discípulo que Jesús por esperararlo habia de dejar ó suspender su viaje, ó que habia de diferir el embarcarse? La gracia nos estimula, nos solicita, nos intima

sus órdenes, y nos hace conocer nuestras obligaciones; pero no nos espera, ni se sujeta á nuestros caprichos. Podemos, sí, engañarnos á nosotros mismos, y cubrir nuestra relajacion con los mas ingeniosos pretextos; pero ninguno puede engañar á Dios, que ve el fondo de nuestros corazones. ¿Tendremos acaso razones mas plausibles que las de este discípulo para diferir nuestra conversion? Y con todo eso á los ojos de Jesucristo eran un falso pretexto... No era necesario que este discípulo se hallara presente á la sepultura de su padre: dejemos que los muertos, esto es, las gentes del mundo muertas á la gracia entierren sus muertos, pongan en orden sus negocios, den fin á sus contiendas, y ajusten sus pleitos: nosotros pensemos solo en aprovecharnos de la gracia y en darnos á Dios. Si tenemos negocios indispensables, en vez de empezar con acabarlos para convertirnos despues, comencemos primero con la conversion, y así estaremos en mejor disposicion para concluirlos.

Lo 2.º *La voluntad...* Este discípulo estaba resuelto, es verdad, á unirse á Jesús despues de haber dado sepultura á su padre; pero ¿quién le habia asegurado que persistiria en esta resolucion? Despues de haber dado sepultura á su padre, ¿no se hallaria en el empeño de la division de los bienes y en el exámen de sus intereses? Habiendo quedado dueño y señor de su patrimonio, ¿habria conservado el gusto de la pobreza de Jesucristo, habria pensado en volver á acompañarlo? Esto es lo que no sabemos: lo que sabemos, y la experiencia nos lo muestra todos los días, es que un negocio llama tras sí otro; que á un obstáculo se sucede otro segundo; que pendientes todas estas dilaciones, se pierden las mas bellas resoluciones, y que una conversion que se dilata, es cuási siempre una conversion que nunca se efectúa, y cuási siempre se desvanece y va á mal.

Lo 3.º *La vida...* En el diferir se pasa la vida: el demonio está sobre nosotros alerta, y nosotros no lo advertimos. Yendo este discípulo á dar sepultura á su padre, ¿no podia él morir? ¡Ah! fijamos un tiempo para nuestra conversion con tanta certidumbre como si fuéramos dueños de él. Llegado el tiempo destinado, autorizamos la primera imprudencia, y cometemos otra mas peligrosa, destinando la conversion para otro mas distante; y de este modo la vida se pasa en hacer proyectos y en diferir, hasta que una muerte no esperada pone fin á todos estos incautos é insensatos proyectos y á estas temerarias dilaciones.

Peticion y coloquio.

¡Oh desgracia irreparable! ¡oh desesperacion eterna! ¿Y he tenido hasta hoy corazon para exponerme á esta desventura? ¡Ah Señor! estoy resuelto. Haced sentir de nuevo á mi corazon aquel dulce llamamiento: *sígueme*. Ya no lo dilato mas: ninguna cosa me puede apartar de vuestro servicio: ninguna cosa me separará de Vos: á pesar de todos los obstáculos y de todas las pruebas con que queráis ejercitarme, asistido de vuestra gracia, ó adorable Salvador mio, seré vuestro sin dilacion, sin variacion en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXIV.

TEMPESTAD CALMADA.

(Matth. viii, 23-27; Marc. iv, 35-40; Luc. viii, 22-25).

PELIGROS DE LA VIDA PRESENTE.

Estos peligros miran á nuestro cuerpo, á nuestra alma, y á la Iglesia.

PUNTO I.

Peligros que miran á nuestro cuerpo.

Consideremos lo 1.º ¿*Cuál debe ser nuestra conducta antes del peligro?*... Jesucristo se iba adelantando insensiblemente hácia la ribera, dando útiles lecciones á sus discípulos... Cuanto mas se acerca ba al mar, tanto mas y con mas ardor lo rodeaban. Ya se habia hecho tarde, y sin pararse jamás. «Y subiendo á la barca, lo siguieron sus discípulos, y les dijo: pasemos á la otra ribera del lago... «Y despedido el pueblo, lo llevaron como estaba en la barca, y otras «barcas iban tambien con él.»

¿Quién se hubiera podido imaginar jamás que esta navegacion que se emprende por orden del Hijo único de Dios, del Salvador del mundo, habia de venir á ser una navegacion peligrosa? Pues de hecho, estos navegantes se creyeron de una vez perdidos... La vida y los bienes no solo en el mar están en peligro: todos los elementos, toda la naturaleza, mil accidentes nos amenazan de todas partes, y nos vienen á asaltar cuando menos lo esperamos, y así debemos perseverar constantemente en la gracia de Dios, y estar siempre prontos á comparecer delante de él. Debemos encomendar todos los dias á la proteccion del Dueño de todos los acaecimientos nuestra vida, nuestros bienes y las personas por quienes nos interesamos. Nada

debemos hacer, nada debemos emprender sin implorar el divino auxilio, la proteccion de los santos Angeles, la intercesion de nuestros santos abogados, y particularmente la de la Reina de los Angeles y de los Santos. ¡Qué temeridad vivir entre tantos peligros con una conciencia manchada del pecado! ¡empeñarse en viajes y peligros del mar ó de la guerra en estado de pecado!

Lo 2.º ¿*Cuál debe ser nuestra conducta en el peligro?*... «Y mien- «tras navegaban, se durmió... Y se levantó una grande tempestad «en el mar... Y un torbellino de viento se levantó en el lago de tal «suerte, que la barca estaba cubierta de las olas, y estaban en pe- «ligro... Y él se estaba en la popa durmiendo sobre una almoha- «da... Entonces se acercaron á él, y lo despertaron diciendo: Maes- «tro, ¿no te se da nada que perezcamos?... Señor, sálvanos, nos «perdemos... Y levantándose, les dijo: ¿por qué temeis, hombres «de poca fe?»

En el peligro es preciso obrar con firmeza, y hacer aquello que depende de nosotros por medio de votos religiosos, de sinceras promesas: orar é interesar al cielo en nuestro favor, esperar en la bondad y en el poder de aquel que se invoca, someternos á las órdenes de la Providencia y á la voluntad del soberano Señor. Si alguna enfermedad peligrosa nos hace temer el fin de nuestros dias; si alguna persecucion turba nuestra tranquilidad y nuestros bienes, obremos, oremos, sometámonos, y esperemos.

Lo 3.º ¿*Cuál debe ser nuestra conducta despues del peligro?*... «Pe- «ro él levantándose amenazó al viento, y dijo al mar: calla, enmu- «dece. Y cesó el viento, y sucedió la bonanza, y les dijo: ¿Por qué «temeis? ¿no teneis aun fe? ¿dónde está vuestra fe? Y temieron con «un temor grande, y se decian el uno al otro: ¿Quién es este... que «manda al viento y al mar... á quien obedecen los vientos y el mar?»

Despues del peligro debemos mostrar nuestro reconocimiento por medio de alabanzas y de agradecimientos unidos á la admiracion, al temor y al amor para con quien nos ha librado. Lo debemos mostrar con una pronta y exacta fidelidad en cumplir las promesas que hayamos hecho; pero principalmente con un santo uso de la vida y de la tranquilidad que se nos ha concedido. ¿Quién hay entre nosotros que no se haya hallado en algun urgente peligro, en ocasiones ó en negocios críticos de que ha salido libre como por una especie de milagro? Traigamos aquí á la memoria los beneficios particulares que Dios nos ha hecho. ¿Qué reconocimiento le hemos mostrado hasta ahora? Él nos ha conservado y conserva nuestros dias;

pues ¿por qué le ofendemos? ¿por qué vivimos una vida desarreglada? ¡Oh ingratos! ¿Lo hemos invocado en los peligros? Le hemos prometido serle fieles en la guarda y cumplimiento de su ley, si nos libraba; él nos ha librado, y nosotros nos hemos olvidado tanto de nuestras promesas como de sus beneficios. ¡Ah ingratos!

PUNTO II.

De los peligros que miran á nuestra alma.

Consideremos lo 1.º ¿*Cuál debe ser nuestra conducta antes del peligro?*... 1.º Se debe temer, porque aquí se trata de un todo por el peligro que hay de perder la gracia, la devoción, la inocencia, la fe, el alma, la eternidad... El menor peligro que amenace nuestra vida, nos hace temblar: no es necesario exhortarnos á temerlo: lo tememos muchas veces aun con exceso; mientras nada tememos el peligro que nos puede quitar la vida de la gracia, y precipitarnos en una desgracia eterna. 2.º Es necesario temer el peligro, porque pocos escapan, y la mayor parte perece en él: huyamos, pues, los lugares, aquellas personas, aquellas amistades peligrosas: echemos al fuego aquellos libros, aquellas canciones, aquellas estatuas, aquellas pinturas indecentes: renunciemos á los espectáculos, á los juegos, á las conversaciones escandalosas. Al prever cualquier peligro para nuestra alma, temblemos, huyamos: si de nuestra plena y propia voluntad nos exponemos al peligro, si lo amamos, si lo buscamos, ya estamos medio vencidos, nosotros pereceremos. 3.º Se encuentran los peligros en todas partes, y por lo regular donde tenemos motivo de sospecharlos: si no estamos continuamente velando, nos hallaremos acometidos de ellos y engañados aun antes de advertirlo. 4.º Finalmente es necesario orar, porque Dios solo, y ningún otro puede alejarnos de todos los peligros: pidámosle todos los días esta gracia para nosotros y para aquellos por quien nos interesamos: pidámosla antes de emprender cualquiera cosa, al principio y en el progreso de todas nuestras acciones.

Lo 2.º ¿*Cuál debe ser nuestra conducta en el peligro?*... 1.º Es necesario al principio, ó huir ó combatir generosamente. Si acaso nos hallamos improvisadamente empeñados en algunos pasos peligrosos para nuestra alma, guardémonos de internarnos mas en ellos, y de mantenernos tranquilos á la orilla del precipicio: retirémosnos al principio con horror, como de la vista de una serpiente insidiosa: rompamos aquella práctica: salgamos de aquel lugar: desechemos aque-

llos pensamientos, aquellas imágenes importunas: cerremos aquel libro: apartemos los ojos de aquel objeto: dominemos sobre todos nuestros sentidos: si nos detenemos ó nos descuidamos, aunque sea por poco tiempo, la tentación entrará en nuestro corazón, ó por mejor decir, entraremos nosotros mismos en la tentación, y seremos vencidos. 2.º Es necesario orar: sin embargo de nuestra poquísima fuerza, no dejemos de orar aun cuando no hagamos otra cosa que repetir con frecuencia los nombres de Jesús y de María, ó decir continuamente: *Señor, sálvame que yo perezco*. 3.º Se necesita tener confianza: la tentación no durará siempre, volverá la calma, y entonces ¿qué consolación no será para nosotros haber resistido y haber sido fieles á Dios? En el furor de la tempestad parece que todo se ha perdido, y que no queda otro remedio que abandonarse á la propia desgracia. Guardémonos de dar oídos á semejante sugestión del tentador: mientras falta nuestro consentimiento nada hay perdido, y no hemos recibido aun daño alguno: si acaso hemos incurrido en alguna flaqueza, si hemos condescendido en algo con nuestro enemigo, guardémonos de cederle mas, renovemos y avivemos nuestro valor; y si nuestra victoria no fuese completa, hagamos á lo menos de manera que no quedemos enteramente vencidos y deshechos.

Lo 3.º ¿*Cuál debe ser nuestra conducta despues del peligro?* 1.º Humillémonos, pidamos perdón á Dios de las culpas que hemos podido cometer en la tentación, ó sea con habernos expuesto, ó sea con haber resistido con flojedad y sin valor. 2.º Demos gracias á Dios por habernos guardado y sostenido en el peligro, y por no haber permitido que perezcamos en él. 3.º Finalmente, hagamos una buena resolución, y tomemos sábias precauciones para en adelante, porque lo que no nos ha sucedido en este peligro, nos puede suceder en otros muchos. La penitencia, el recogimiento, la oración, el trabajo, el temor, huir las ocasiones, el amor á Jesús, la unión con Dios y la frecuencia de Sacramentos, nos han de servir de preservativos y de remedios contra los peligros.

PUNTO III.

De los peligros que miran á la Iglesia.

La barca de san Pedro es la figura de la Iglesia. 1.º *La Iglesia*, como la barca de san Pedro, está expuesta á las mas terribles tempestades, y muchas veces se ve en punto de ser tragada de las olas. ¿Quién no la habria ya creído mil veces destruida por el hierro, sumergida por el error, disipada por el cisma, dada al través por los

delitos, aniquilada por la política? Pero ella subsiste en medio de la tempestad. Los males que sufre afligen á sus hijos; mas no se escandalizan ni se desaniman por ello: gocen enhorabuena las falsas religiones su tranquilidad entre los hombres, que hallan en ellas de qué lisonjear las propias inclinaciones, y de qué fomentar las propias ilusiones: esto no sorprende, como ciertamente nada tiene de sorprendente el ver que en medio de tales hombres la Iglesia, que enseña la verdad, sea atacada, combatida y perseguida; pero que con todo esto la Iglesia asaltada por todas partes, y contra quien se unen y se desencadenan todos los errores y todas las pasiones, subsista y continúe su curso á pesar de las olas y los vientos contrarios, esto es un prodigio que no podremos jamás admirar bastante.

2.º *La Iglesia tiene siempre consigo á Jesucristo...* Jesús está siempre presente en la Iglesia, como en la barca de Pedro. Él conoce los asaltos que ha de sostener, y regula el esfuerzo y la duración: si por algun intervalo de tiempo aparece, ó sin poder, ó sin movimiento, ó sin accion; si parece que cierra los ojos á los insultos que se hacen á su Esposa, lo hace por purgarla, por probar su fe, y mostrarle despues con mas magnificencia su ternura y su amor. Jesús se despierta con la oracion, pero con una oracion llena de caridad, de tranquilidad y de confianza. El verdadero cristiano no conoce otras armas para la defensa de la Iglesia: expone con sinceridad y simplicidad las verdades que ella enseña: las defiende sin exacerbarse, sin inquietarse: á estas vive unido sin respeto humano, sufre sin lamentarse ni quejarse, muere bendiciendo á quien lo condena, y abrazando al que lo hiere.

3.º *La Iglesia está segura de recobrar la calma cuando le será provechosa...* En la Iglesia, como en la barca de Pedro, Jesús cuando le agrada, y segun el orden de los decretos de su infinita sabiduría, hace que suceda la mas profunda calma á las mas horribles tempestades, á la noche mas oscura el dia mas sereno; ó por medio de estupendos prodigios, ó con la uncion secreta de su gracia cambia el corazon de los pueblos y el de los reyes: aquellos se someten á la Iglesia, y estos se hacen sus protectores. De esta manera los Constantinos, los Clodoveos, los Carlomagnos, los san Luises, los san Fernandos y otros muchos monarcas han procurado á la Iglesia, no no solo la paz y la libertad, sino tambien la dignidad y el esplendor.

Peticion y coloquio.

¡Oh santa Iglesia! ¡oh barca misteriosa, fuera de la que todo es

abismo y naufragio! Ó sea que yo te vea tranquila, ó sea que te vea agitada, en tu seno quiero vivir y morir. ¡Ay de mí, si habiendo tenido la dicha de ser admitido en él, viniese algun dia á salir, ó si gloriándome de estar aun en él, no participase de la gloria que tú gozas, ó de los males que te afligen!... Guiadla, ó divino Jesús, guiad esta barca privilegiada, esta Iglesia militante al puerto de la eternidad, á pesar de las tempestades y las persecuciones que incesantemente la combaten. Todo lo que experimenta y prueba la Iglesia esposa vuestra, ó Jesús, lo pruebo y lo experimento yo personalmente: dentro y al rededor me acometen y me asaltan muchísimas tentaciones: hablad Vos, y se disipará la tempestad: mandad sobre todo que se calmen las pasiones que destrozan mi corazon, para que pueda seguir únicamente las dulces y pacíficas impresiones de vuestro amor. Amen.

MEDITACION XLV.

DE LOS ENDEMONIADOS DE GERASA.

(Math. viii, 28-32; Marc. v, 1-13; Luc. viii, 26-35).

FIGURA DE LA IMPUREZA.

Meditemos: lo 1.º el estado infeliz de estos dos miserables desgraciados, víctimas del demonio; lo 2.º su libertad de tan cruel tirano.

PUNTO I.

Estado de estos infelices endemoniados.

«Y habiendo pasado al otro lado del lago, al pais de los gerasesos, que está enfrente de la Galilea; y luego que saltó á tierra, le vinieron al encuentro dos endemoniados que salian de las sepulcros, y eran tan furiosos, que ninguno podia pasar por aquel camino... El uno era poseido del espíritu inmundo, y no llevaba vestido, ni habitaba en las casas sino en los sepulcros.» San Marcos y san Lucas hablan de un solo endemoniado, sin duda porque siendo uno de los dos, de quien habla san Mateo, el mas furioso, no creyeron necesario hablar mas que de este. Consideremos lo 1.º cuál fuese el demonio de quien estaban poseidos estos dos hombres. 2.ºCuál fuese la naturaleza de esta opresion. 3.ºCuál fuese su estado, y el tiempo que fueron poseidos.

Lo 1.º *¿Cuál era el demonio de quien estaban poseidos?*... Era un espíritu impuro, bien que todos los demonios sean espíritus impuros; por los caracteres especiales que este representa, se puede fá-